

Mié Evangelio del día

20

Sep

2017

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

Hoy celebramos: Santos Andrés Kim, Pablo Chong y cc.mm. (20 de Septiembre)

“Grandes son las obras del Señor”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (3, 14-16):

Aunque espero ir a verte pronto, te escribo esto por si me retraso; quiero que sepas cómo hay que conducirse en la casa de Dios, es decir, en la asamblea de Dios vivo, columna y base de la verdad. Sin discusión, grande es el misterio que veneramos: Manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, contemplado por los ángeles, predicado a los paganos, creído en el mundo, llevado a la gloria.

Salmo de hoy

Sal 110,1-2.3-4.5-6 R/. Grandes son las obras del Señor

Doy gracias al Señor de todo corazón,
en compañía de los rectos, en la asamblea.
Grandes son las obras del Señor,
dignas de estudio para los que las aman. R/.

Esplendor y belleza son su obra,
su generosidad dura por siempre;
ha hecho maravillas memorables,
el Señor es piadoso y clemente. R/.

Él da alimento, a sus fieles,
recordando siempre su alianza;
mostró a su pueblo la fuerza de su obrar,
dándoles la heredad de los gentiles. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas (7,31-35)

En aquel tiempo, dijo el Señor: «¿A quién se parecen los hombres de esta generación? ¿A quién los compararemos? Se parecen a unos niños, sentados en la plaza, que gritan a otros: "Tocamos la flauta y no bailáis, cantamos lamentaciones y no lloráis." Vino Juan el Bautista, que ni comía ni bebía, y dijisteis que tenía un demonio; viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: "Mirad qué comilón y qué borracho, amigo de publicanos y pecadores." Sin embargo, los discípulos de la sabiduría le han dado la razón.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Que sepas cómo hay que conducirse en un templo de Dios

Belleza de mensaje tanto por su sencillez como por su precisa brevedad. Continuador del pueblo elegido de Israel es ahora el Pueblo de Dios que ha sido purificado y dignificado por la entrega servicial de Jesús el Señor. Como creyentes, aunque de fe escasa, decimos que somos de la gran familia de este Dios que se nos da a conocer y disfrutar como Padre. Por descontento que todo esto es gracias a Jesucristo, la piedra angular de nuestra vida y religión. En su nombre, buscamos el rostro de Dios Padre; en su nombre nos reunimos en asamblea de hermanos para que él y su Espíritu sean los aglutinantes de nuestras reuniones eclesiales, en su nombre buscamos la verdad, la de su misterio salvador y la de nuestra vida que necesita depositar en el Maestro su mejor sentido. Es una secuencia con evidente carga de profundidad: damos culto a un Dios que plantó su tienda entre nosotros, Cristo Jesús, pasó por nuestra tierra haciendo el bien, el Espíritu lo acreditó como el dador de nueva vida y nos habilita a sus seguidores para predicarlo por la rosa de los vientos para que todo viviente sepa en qué consiste la gloria de Dios: en asociar a su causa a todo caminante en esta tierra. ¡Hermoso recado de Pablo que, a no dudar, fue muy útil para el pastoreo de su amigo y colaborador en la evangelización!

Decís del Hijo del hombre que es amigo de pecadores y recaudadores

Lucas nos deja unas pinceladas acerca de la acogida y rechazo que tuvieron tanto Juan Bautista como Jesús; al menos eso es lo que apunta la sucinta parábola de los niños jugando en la plaza. Uno, en la apreciación farisea, daba el perfil de asceta y su conducta entre ellos era más que austera, y aún así no faltó quien lo tildó de poseso y desvariado. Con otro modo de presencia viene Jesús que come y bebe, se sienta en la misma mesa que los pecadores, no rehúye el trato con publicanos, samaritanos y enfermos vergonzantes y lo califican como comilón y contaminado. ¡Qué poco tino demostraron entonces los fariseos para captar los modos de Dios y su dispar presencia en uno u otro testigo! Sólo los hijos de la sabiduría,

los seguidores del Maestro, los buscadores del rostro de Dios reconocen la verdad de Dios en la persona –hechos y dichos- de Juan Bautista y Jesús de Nazaret. Uno y otro caminan por nuestra historia para darnos a conocer, al modo particular de cada uno, el horizonte de salvación y esperanza cumplidas. Y es Jesús de Nazaret, el amigo de los pecadores, el que con más cariñosa sabiduría nos hablará de un Dios Padre que solo sabe acogernos y amarnos.

Centena larga de testigos de la iglesia en Corea evocamos hoy en el presbítero Andrés Kim Taegon y en Pablo Chang Hasang y compañeros mártires, en la primera mitad del siglo XIX, primicias de una comunidad cristiana con notable pujanza hoy.

En Córdoba aún pervive la memoria de **Francisco de Posadas, O.P.**, que con sus cuarenta años de predicación, su negativa a dos sedes episcopales y su solidaridad práctica habló a sus contemporáneos con maravillosa elocuencia de un Padre sobrado de entrañas de misericordia.

¿Qué interesa más a la comunidad cristiana, no molestar y no dar ruido, o ser fieles al evangelio, aunque moleste?



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Santos Andrés Kim, Pablo Chong y cc.mm.

Una iglesia plantada por seglares

El primer contacto serio entre el catolicismo y un grupo de coreanos se dio en el último tercio del siglo XVIII, cuando unos diplomáticos coreanos conocieron en Pekín a los jesuitas. Éstos los recibieron amablemente en su casa, les enseñaron las iglesias que mantenían abiertas en la ciudad y les dejaron libros, entre ellos el catecismo. Vueltos a Corea, estos libros fueron leídos con interés por el grupo y por sus amigos, todos ellos personas de buena preparación cultural, y el interés se convirtió en algo práctico cuando decidieron enviar a Pekín a uno de ellos, Piek-i, a fin de que conociera el cristianismo con mayor profundidad. Pero Piek-i le pasó la tarea al joven Ri-Sheung-hu-i, el cual en 1783 fue a la capital china y aquí entró en contacto con el obispo monseñor Gouvea. Estos contactos dan pie a que el joven se instruya formalmente en orden al bautismo y efectivamente lo bautice el misionero francés Louis de Granmont, imponiéndole el nombre de Pedro. Vuelve a Corea cargado de libros y objetos religiosos y con el entusiasmo de un neófito se dedica a hacer propaganda del cristianismo entre sus amistades. Y sin pararse en barras, comienza a bautizar a sus amigos que se deciden por el cristianismo y forma una comunidad católica —la primera— de Corea. Comenzaron a tener reuniones los domingos en casa de Kim-bom-u, hasta que las autoridades civiles cayeron en la cuenta de la creación de este nuevo grupo religioso y decidieron prohibirlo en marzo de 1785, arrestando y torturando a Kim-bom-u, y enviándolo al destierro, donde al poco murió.

Pero en 1787, Ri-Seung-hu-i decidió reorganizar la comunidad y, creyendo que podía proceder por su cuenta, designó a cuatro de los cristianos como presbíteros y se permitieron decir misa sin haber precedido una regular ordenación y administrar los demás sacramentos. Además conservaron la costumbre de la veneración a los espíritus de los antepasados pero como no estaban del todo seguros de su proceder, enviaron a uno de ellos a consultar con monseñor Gouvea y a pedirle que les mandara sacerdotes. Monseñor Gouvea naturalmente se llenó de extrañeza de tal proceder y les envió a un sacerdote chino, pero éste tardó mucho en llegar a Corea.

La persecución. Llegan misioneros

Mientras tanto se produjo una formal persecución del cristianismo, toda vez que en 1791 los cristianos fueron denunciados al rey y algunos de ellos murieron a causa de su fe.

Se produjeron así los primeros martirios. Pero ello no fue todavía sino un comienzo de lo que vendría en 1801, cuando la reina regente Chong-su prohibió formalmente el cristianismo como algo ajeno a la tradición y al alma de Corea y mandó a la muerte a trescientos cristianos, entre ellos al sacerdote chino que estaba por fin en Corea desde 1794. En 1812 los cristianos se dirigieron al papa Pío VII pidiéndole misioneros y diciéndole que ellos eran diez mil, cifra que algunos quieren considerar como abultada adrede para conmovier al papa. La misiva no dio resultado y fue repetida ante el papa León XII en 1827, y continuamente insistían ante el obispo de Pekín en su necesidad de sacerdotes. Por fin se nombró un vicario apostólico en 1831, pero éste murió sin haber llegado a su destino. Era monseñor Bartolomé Brugière y pertenecía a la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, a la que la misión coreana se encomendaba. Murió en Mongolia en 1835.

Entonces la Santa Sede nombró a San Lorenzo Imbert, que con los presbíteros San Pedro F. Mauban y San Jaime H. Casta, serían los primeros misioneros occidentales en llegar a Corea.

Ellos encontraron una comunidad realmente existente, en donde la fe era viva y en donde el ejemplo dado por los mártires de los años anteriores era un estímulo de perseverancia en la fe. Los cristianos se sintieron muy alentados por las virtudes de los misioneros que por fin tenían entre ellos. Su ejemplo de pobreza, humildad, dedicación y entrega los animó muchísimo, y aceptaron de buena gana las nuevas estructuras que le dieron a la comunidad, una comunidad que hay que llamarla bien unida y compacta, y que dio numerosas pruebas de estrecha solidaridad mutua. Con clara conciencia de qué era lo principal, ya en 1837 enviaron a tres candidatos al sacerdocio a Macao para su formación, completamente seguros de que el futuro de la Iglesia coreana pasaba por la pronta formación de un clero nativo. Uno de estos tres jóvenes será San Andrés Kim, el que encabeza en la canonización la lista de los mártires.

Los cristianos de Corea pertenecían a todas las clases sociales, incluyendo las altas y las más bajas, personas de la ciudad y personas del campo. Ya había vírgenes consagradas, aunque naturalmente no había conventos, y había eficientes catequistas. Se ayudaban los cristianos entre sí y se protegieron mutuamente en la persecución. Acogían con amor a los misioneros y los llevaban de una casa a otra para protegerlos, y corrían con generosidad los riesgos que ello comportaba. La caridad con los cristianos necesitados recordaba la comunión de bienes de la Iglesia primitiva.

La gran persecución

En esta comunidad comenzará a cebarse la nueva persecución que tuvo lugar en el corazón del siglo XIX y a la que pertenecen los santos que Juan Pablo II canonizó en Seúl el 6 de mayo de 1984, siendo el primero de ellos de 1838 y el último de 1867, treinta años de prueba que la comunidad católica soportó con entereza y con entrega plena a la voluntad de Dios. Bien ha merecido esta comunidad cristiana que la Santa Sede reconozca su epopeya martirial con la canonización simultánea de esos 103 mártires que habían sido beatificados en varias ceremonias sucesivas, no conjuntamente. Entre ellos, pues, no están los del siglo XVIII ni los de la persecución de 1801 y siguientes, cuyo estudio está pendiente todavía.